

como se filtran las nieves en lo más hondo del valle. Todos los revolucionarios franceses tienen un autor literario, amén de un autor científico, bien sea viejo, bien sea moderno, cuya vida les sirve de norma, y cuyo pensamiento les sirve de ideal. Camilo Desmoulins ha trabajado su gracia nativa en el estudio de Aristófanes y en el estudio de Luciano, sus dos maestros clásicos, cual es Voltaire su maestro moderno. Lameth, Barnave, madame Staël juran por Montesquieu, teorizante de la monarquía constitucional. Sustituye madame Roland su libro de misa con el libro de Plutarco. Resume Condorcet la fragmentaria Enciclopedia, y prepara el Pintorismo contemporáneo. Robespierre es Rousseau en acción, como será Bonaparte después Robespierre á caballo. En Diderot se inspirará Dantón. Y seríanos imposible comprender este individualismo del siglo décimo-nono, que historiamos con satisfacción y placer espirituales tan enormes hoy, si no dejásemos aquí escrito que su alma, el alma de su alma estuvo en la filosofía de Fichte y de Kant.



CAPÍTULO NOVENO

El cristianismo á comienzos del siglo XIX

Como hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos, y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania mucho más que en ninguna otra nación. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religión: habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepción inmaculada de María y sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido á la antigua fé, del artículo relativo á la Infalibilidad del Pontífice; nosotros que, puestos á creer, nos da lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la versión ó las interpretaciones de algunos versículos de la Biblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre albedrío ó en la gracia; cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradición y sus enseñanzas á la autoridad infalible de la Iglesia. Mas, parando mientes en el influjo que ha tenido la religión sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política allí conseguida siempre por ideas y problemas, apenas sostenidos por nuestra fé rutinaria en

apartada y luminosa esfera de la teología ó de la moral. La religión ha creado ese espíritu interior, íntimo, propio de las razas germánicas, que se aislan severas en su conciencia, y que crean y fortalecen de esta suerte el principio capitalísimo de su política, el principio de la personalidad. Por más que los filósofos se empeñen, es hasta ahora imposible borrar la virtud de los dogmas teológicos en la vida práctica y en la vida política. Sobre nuestro sentimiento, sobre nuestra razón, hasta sobre nuestra fantasía se dilata como el cielo sobre nuestras frentes, la idea misteriosa de lo infinito, de lo eterno, por la cual suspiran al cabo los más puros deseos humanos, y de la cual desciende la inspiración sobre las artes, la luz sobre las ciencias, la esperanza de la inmortalidad sobre toda fugaz y frágil vida. Mas no es la relación de lo finito con lo infinito el principal carácter de la idea religiosa. Su virtud, su fuerza creadora trascienden á las relaciones sociales y á las leyes políticas. Así como decía Plotino que cada alma se crea, se cincela su cuerpo á su imagen, podemos decir nosotros que toda raza, todo pueblo, tiende á formarse en la religión y en sus dogmas un alma en armonía con su temperamento, su complexión y su historia. El pueblo hebreo ve surgir en el inmenso desierto, cuando marcha desde Egipto á la tierra prometida, como un sol de su conciencia, el Dios, uno y pródigo, que le guía con sus columnas de fuego y le alimenta con su lluvia de maná; y allá, en el cautiverio, cuando el férreo látigo de los tiranos vibra sobre sus espaldas, y el sombrío curso de extranjero río corre á sus plantas, bajo los sauces del destierro, á los ecos de la elegíaca arpa, brota el mesianismo, la religión de la esperanza que otras razas debían aceptar y cumplir. Cuando el pueblo griego arrancaba á la naturaleza la idea de la ciudad individual, heredera de los antiguos imperios y madre de las futuras democracias, cincelaba, pulía los dioses venidos del Oriente: y elevaba en ellos, en su radiante hermosura, la imagen del hombre al Olimpo. Así, el egipcio, que se levanta en continente africano entre los pueblos europeos y los pueblos asiáticos, término medio del gran silogismo de la Historia Universal, sacerdote que revela á Grecia los misterios de Oriente, conserva en su teogonía el sabeísmo, la luz, el alma de las regiones orientales; y calienta, y abriga el germen del politeísmo helénico, el alma de las religiones de Occidente. Su religión de la muerte y de la inmortalidad; sus sepulcros, ciudades de ideas alzadas entre los confines de Dos Mundos; sus momias, los dioses orientales, caídos de sus altares, muertos al pie de sus teocracias, embalsamados y conservados por filtros misteriosos, para ir á resucitar en las tierras occidentales, en Grecia, en Sicilia, en Italia, al conjuro de los oradores, de los poetas y de los filósofos. Las ciudades semíticas de la Mesopotamia, Nínive, Babilonia, capitales de las tribus caldeas, que han recorrido el desierto con los ojos fijos en el cielo, tendrán por dioses las estrellas, por dogmas los principios esenciales á su naciente astronomía, por la universal inteligencia, que compenetra y dirige el Universo, los eternos efluvios de la increada luz. Nuestros más antiguos progenitores, los arios, llevaban ya en los indecisos

comienzos de sus primeros días, en las letras iniciales de sus primitivos himnos, los dioses, que luego han de adorar los helenos y los latinos en sus ciudades, los germanos y los esclavos en sus bosques. El cielo y la tierra; las estrellas que se pierden allá en los abismos del espacio y las arenas que se pierden allá en los abismos del mar; las montañas elevadísimas, y los nublados que ciñen su cintura, y los ríos que manan de sus plantas; las ondas que se agitan coronadas por diademas de espuma, y los vientos que corren desatados entre las continuas palpitaciones de verdes oceánicas aguas; el éter con sus cerúleos matices y la atmósfera con sus brisas y sus áureas; el rosado alborar del aura y el misterioso reflejo del crepúsculo; todo cuanto existe en la inmensidad, todo cuanto vive en lo infinito, se halla poblado de dioses varios; alma de las cosas, como Savitar, el productor de la vida y de los organismos que llegará á ser el Saturno de los antiguos latinos; como Añi, el principio de vida, el calor universal, el elemento ígneo, que abriga el universo, y que andando el tiempo ha de ser Hefestos en Atenas y Vesta en Roma; como el Indra, que allá en el extremo Oriente es el centelleante relámpago, y que aquí en el extremo Occidente es el fulminante padre Júpiter; como Varonna, que es el cielo tendido, primero sobre el Himalaya y el Ganges, y luego Urano, el cielo tendido sobre el Híbla y el Pireo; como la Muntar, madre tierra de los medos y persas; Medor, tierra también de los anglo-sajones; Heriha, tierra también de los germanos, cual si todos los hijos de la misma raza aria, en toda la dilatación de los tiempos, quisieran vivir y morir en el seno de la diosa, donde todos han tenido su cuna y donde todos tendrán su sepultura.

Y si los pueblos antiguos, si los pueblos primitivos se han atenido á la religión, ó bien admitida por ellos, que estaba más en armonía con su carácter; ¿los pueblos modernos, ya maduros, no habrán prescindido de ésto, y tomado sólo de las religiones su moral y su dogma? No. Un mismo dogma, una misma moral constituyen el Cristianismo. Para llamarse con derecho cristiano, se necesita creer en Dios y en la Providencia de Dios, en la redención de la primera culpa por los méritos de Cristo nuestro Salvador, en la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, en los premios y en los castigos eternos después de la muerte. Creeríase que sobre estas bases no cabían variaciones posibles, y sin embargo, cada pueblo, cada raza fundamental de Europa ha apropiado el Cristianismo á su carácter y á su historia. Los griegos han levantado una ciudad Santa cerca de sus mares, en oposición á la ciudad Santa de los latinos, y allí han fundado una iglesia que tiene como la raza, cuyo espíritu alimenta, carácter metafísico antes que carácter moral; Iglesia que ha celebrado los grandes concilios ecuménicos, las Asambleas constituyentes de nuestros esenciales dogmas, gobernándose aún por confederaciones eclesiásticas, recuerdo y remedo de las ligas anfictionicas en la antigua Grecia. Los romanos, los grandes unitarios de la Historia, han llevado su unidad á la Iglesia; el dogma sagrado, la disciplina y la liturgia unos en lo posible; un Papa-rey, como el antiguo Emperador-Pontífice en

el trono de la Ciudad Eterna; sus Prefectos y sus Pretores, en los arzobispos y en los obispos; su Senado, en el Cónclave; su prestigio en la ciudad menos cristiana y más idólatra del antiguo mundo, en la diosa Roma, que quiere conservar el dominio sobre las almas, ya que ha perdido el dominio sobre los pueblos, todo lo cual prueba que el catolicismo es el Imperio romano, y como el Imperio romano eleva con el dogma de la Infallibilidad sus Césares á dioses. Y á nuestros mismos ojos, en los últimos siglos del cristianismo, sucede lo propio, se repite este fenómeno en todos los pueblos. El pueblo español, que es entre todos los modernos el cruzado por excelencia; combatiendo siete siglos con los infieles, y al concluir esta obra llevando la cruz mantenida por sus armas al Nuevo Mundo, profesa un catolicismo exaltado, fanático, intolerante como la guerra. El pueblo francés, que es un término medio entre las razas germánicas y las razas latinas, erige una Iglesia, término medio entre el protestantismo y catolicismo, la Iglesia galicana, que estuvo á punto de merecer hasta en su más alta personificación, en Bossuet, un anatema del Papa. En todos los fenómenos de la revolución religiosa de Inglaterra se notan los fenómenos mismos de su revolución política. Los anglo-sajones no podían dejar de entrar en la religión protestante, como no podían dejar de entrar en la política liberal. Raza individualista había de abrazar una religión individualista también, y había de ser como el brazo de esa religión en los mares. Pero la causa ocasional de la conversión de Inglaterra fué la voluntad y la pasión de un Rey que deseaba constituir sobre la unidad fortísima de su reino su formidable autoridad. El principio hereditario de las monarquías contrastó y contradujo en parte el pensamiento y el propósito de los dos grandes Reyes protestantes, de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra. El primero dejó su trono á María, que llevaba en sus venas la sangre de los fundadores de la Inquisición en España, y la segunda á los Estuardos, que tenían afinidades con los Guisas, con los degolladores de los protestantes en Francia. Así el protestantismo oficial inglés fué un protestantismo monárquico, aristocrático, más próximo á la antigua Iglesia católica que á las otras sectas de la misma rama, protestantismo episcopal con tendencias á constituir una especie de Pontificado británico semejante al Pontificado romano. Cuando se entra en la gran catedral anglicana, en San Pablo de Londres, se echa de ver la distribución de capillas semejantes á las capillas de nuestras iglesias, como revelando que el príncipe, su fundador, tenía puesto el nombre en los registros oficiales del protestantismo; pero el corazón todo entero en los dogmas de la Iglesia católica. Por el principio hereditario de la monarquía hubiera vuelto Inglaterra al seno de la Iglesia Universal á no haberse opuesto la nación, que sentía en sus venas la sangre de su raza, en su conciencia la idea de su individualidad, y en su corazón el sentimiento y el instinto evangélico. Y así los diversos partidos religiosos eran al mismo tiempo partidos políticos; los presbiterianos, enemigos del predominio real en las instituciones y del episcopado en la Iglesia; los independientes amigos de los fueros del Parlamento en toda su ex-

tensión y de la libertad religiosa en toda su pureza; y Cromwell representa el principio liberal en religión, el principio republicano en política; pero fundados ambos en la autoridad y en la dictadura, tan alejadas de la Iglesia episcopal semi-católica como de los niveladores y de los demás exagerados, verdaderos demagogos en religión y en política. Y lo que sucede en Inglaterra sucede con mayor razón todavía en Suiza. El jefe de su Reforma es al mismo tiempo el jefe de una gran democracia. Los protestantes podrán contar á Zuinglio entre sus apóstoles y sus doctores; los demócratas, los liberales, los republicanos, le contaremos entre nuestros grandes tribunos, entre nuestros héroes, entre nuestros mártires. Nacido en las grandes montañas que hablan de Dios y de lo infinito; criado en las entrañas de la naturaleza; nutrida su inteligencia de grandes ideas, como su cuerpo de sanos alimentos; mezclando á la sangre de su corazón los más puros afectos, como al respirar de sus pulmones el más puro aire; de vida agreste y campesina en sus primeros años; de temperamento robusto, como las rudas y sublimes tierras alpestres; durmiendo durante toda su primera educación á la hora en que volvían los ganados y se borraba el crepúsculo, para levantarse, despertado por el gallo, cuando levantaban su vuelo las alondras y renacía la esperanza de una nueva mañana por los bordes últimos del horizonte en las primeras alboradas: cerca del cielo y lejos del mundo como las aves; impregnada su alma de lo divino, cual una estrella del éter; en las batallas de la vida, conservó el candor de los pastores; en los trabajos é innovaciones de la Reforma, el afecto á la tradición; en el seno de las ciudades, el aroma del cytiso en flor y el cántico del jilguero en celo; entre las cóleras de los hombres y de los partidos, la efusión infinita del agua y de la luz que se dan á todos los seres; y después de haber conversado con los filósofos y con los santos, bebiendo en la fuente sagrada de Platón y en las lágrimas amargas de Job; cantando los salmos de David y las odas de Píndaro, como si todas las corrientes del espíritu humano fueran á desaguar en su espíritu, reducía las ideas más abstractas á vulgares, prácticas, tangibles para repartirlas entre el pueblo, vivía en la predicación y en las oraciones, y moría, héroe en el combate, hermana de la caridad en los hospitales, tribuno en la plaza pública, sacerdote en el templo, revelador en todas partes, como mueren los grandes hombres, que varían y tuercen con el soplo de su pensamiento, con la fuerza de su voluntad la corriente de los tiempos; moría en la pelea por la verdad, y en el seno purificador de un santo martirio.

Y su reforma nace, y crece, y se desarrolla en el seno de una democracia, de una República, de una libertad arraigada y antigua, teniendo, por lo mismo, todos los caracteres del medio en que nace, y marchando resueltamente á modificarlo y mejorarlo. Menos combatido y menos contrariado que los otros reformadores, aparece mucho más sereno. Brota su reforma de la conciencia más que de la pasión, y se dirige á la razón más que al sentimiento. Sin romper tan abiertamente, como sus cooperadores en la obra común, con el Papa y la Iglesia, sostiene tan sólo aquello que expresamente en las Escrituras se en-